Ramón Villarino de Saá

El Pájaro Negro

DRAMA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1917

El Pájaro Negro

El Pájaro Negro

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Ramón Villarino de Saá

ESTRENADO

por la Compañía de Cecilio Rodríguez de la Vega,

en Orense el 10 de Mayo de 1917.



ORENSE

Imp. de "El Diario"

1917

A Cecilio Rodríguez de la Vega,

cuyo talento supo crear de modo inimitable, la figura del anciano Marqués de Pena.

Cariñosamente,

V. de Saá.

REPARTO

PESTONAJES	ACTORES
Marqués de Pena	Sr. Rodríguez de la Vega.
Adela, su mujer............	Sra. Pardo.
Alicia	Srta. Cortina.
Baronesa de Cenlloa.......	Sra. Larios.
Fernando	Sr. Castillo.
Carlos	» Delgrás.
Vizconde de Villagomil	» Cuenca.
Héctor	» Calvera.
Barón de Cenlloa	» Miranda.
Criado	» Márquez.

Acción en Galicia.

Casa matríz del Marquesado de Pena.

Salón. Al fondo, en la derecha, ventanal; en la izquierda, puerta practicable. Lateral derecha, en primer término, chimenea, y en segundo, puerta. Lateral izquierda, dos puertas. Muebles estilo español.



ACTO PRIMERO

PAZO DEL MARQUÉS DE PENA.—SALÓN ANTIGUO

Fernando asomado a un amplio ventanal, que mira al jardín de la casa; Héctor como esperando.

FERNANDO (Volviendo pensativo). No me acostumbro Héctor. Me parece que esas carcajadas y esa alegría y estas fiestas, son un sacrilegio aquí, en el señorío de Pena.

HÉCTOR Calma, señorito, calma.

FERNANDO No temas, estoy alegre..., muy alegre... Nunca tuve un carácter tan amable. Ellos deben creerlo así... ¿No es verdad, Héctor, que nada temen?

HÉCTOR No, señorito, si yo mismo pensé que perdonara.

FERNANDO ¡Perdonar! ¿A quién? ¿A mi padre, que olvidó su memoria, que sacrificó a sus hijos a su placer? ¿A la intrusa que nos sorprendió a todos? No, no; menos a ella, que debió contar con nuestro odio..., menos a él, que debió temer nuestro desprecio...

HÉCTOR Ella vino amparada por la ley, la ley que le daba lo que pertenecía a su marido, vuestro padre.

FERNANDO Lo que pertenecía a él, sí; lo que nos pertenecía a nosotros, no. Y nuestro era su recuerdo, que ella ultraja con su presencia, amparada por la ley... ¿Y qué es la ley sino la violencia de todos,

contra uno? La imposición de los fuertes, que el débil acepta, pero no acata nunca; si vino así, vino con fraude, porque la trajo la violencia, que la violencia se la lleve también...

HÉCTOR Calma, señorito, calma.

FERNANDO No, no, si estoy tranquilo... ¿Ves? ¿Quién puede sorprender ahora mi pensamiento? Vendrán, y me verás otra vez feliz, jovial, como siempre..., como siempre que los tengo ante mí. ¡Oh!, tú no sabes lo que cuesta eso; tú no sabes lo que es tener ganas de llorar y reir, sentirse ahogado por las lágrimas, y reir, reir a todas horas para inspirarles confianza... ¡Oh!, si me descubriesen interiormente, tendrían miedo, demasiado miedo, para que pudiesen sufrir, lo que hace falta que sufran.

HÉCTOR ¡Por Dios!

FERNANDO ¿Morir? ¡Morir, no! Eso es breve, quizá consolador. Agonizar, morir viviendo; sufrir, sin que el médico pueda burlar el dolor, ni el amigo pueda consolarlo... Eso debe ser más horrible. Y el corazón tiene afecciones que son más caras que la vida. ¡Oh!, yo les veré a mis pies, pidiéndome consuelos, pidiéndome amor, pidiéndome lo que yo no tuve, lo que yo desconozco. A buen seguro que ni una cosa ni otra podré ofrecerles.

HÉCTOR Quizá sea mejor olvidar... Olvidarlo todo.

FERNANDO No puedo... No quiero, pero tampoco puedo. (Se dirige hacia una de las ventanas. Sale Héctor. Pausa. Entran Alicia y Carlos).

ALICIA ¿Cómo no bajaste? Nos hemos divertido mucho. ¿Verdad Carlos? El Vizconde nos habló de sus proezas de caza-

dor, ¡oh!, divertidísimas; de sus viajes; de sus proyectos...

FERNANDO ¿Seguiste su narración con interés?

ALICIA A decirte verdad, Carlos me hizo perder algunos detalles. No hay cosa más pesada que un novio cariñoso.

CARLOS Gracias; muchas gracias.

ALICIA Ah! Carlos, no te ofendas. ¿Vas a tomarlo en serio? No, no, dime que no estás enojado.

CARLOS ¿Por qué? Si el Vizconde te gusta tanto, ¿por qué vas a sacrificarme el regocijo de escuchar sus historias? Son entretenidísimas... En cambio lo que yo puedo decirte es tan aburrido... Las mismas cosas siempre; la misma verdad, que, porque la siento mucho, no alcanzo la palabra que la revele con justeza... No, si lo comprendo, es un martirio para tí, el soportarme.

ALICIA ¡Carlos! ¿Pero no ves esto, Fernando?... ¿Eres capaz de decir todo eso en serio? Las mismas cosas... ¿Qué más quiero yo que oirlas? Te las escuché tantas veces y siempre me han sonado a novedad. No, no crees lo que dices.

FERNANDO Vamos, ¿vais a ensombrecer esas horas que tan bien pasásteis en este momento?

ALICIA ¿No ves que es huésped de mi padre, que le debo atenciones? Oh!, sí, tienes que pensar así...

CARLOS No quiero pensar, no puedo pensar, sería absurdo. Pero observo esta diferencia de ahora, este sonreir constante, esta intranquilidad contínua, y como no estaba acostumbrado, no extrañes que me desconcierte. Antes venía, hablába-

mos los dos, los dos solos, para los dos solos..., no nos debíamos a nadie, ni nadie se debía a nosotros. Hoy parece que algo nos separa, que algo se interpone entre nosotros. Y aquí nada cambió. El Vizconde llegó en muy mala hora sin sospecharlo quizá.

ALICIA (Fernando ha salido sin que nadie lo advirtiese). ¿Por qué te empeñas en martirizarme? Piensa que cambiaste tú...

CARLOS ¡Cambiar yo! Oh!, solo eso me faltaba oir... ¡Cambiar yo! Yo que puse en tí mi felicidad, mi orgullo, mi corazón... Yo que te quiero con toda mi alma... ¡Cambiar yo! No, Alicia, tú no puedes creer eso... (Cariñoso). ¿Verdad que no lo crees?

ALICIA No, pero si lo creyese, tú tendrías la culpa. ¿No es verdad que me quieres mucho... mucho? Como yo a tí; casi tanto como yo a tí...

CARLOS Más, mucho más. Lo eres todo para mí... presente, porvenir..., por eso tengo miedo que te me roben y quisiera ser mago para asomarme a tus ojos, para llegar hasta el fondo de tus ojos y saber por tu alma de tu cariño...

ALICIA ¡Carlos!

CARLOS ¿Por qué temo, sino es por tí? Sé lo que vales, te conozco, y quiero guardarte. No me culpes, perdona a tu alma...

ALICIA ¿Perdonarte yo? Tú, si te hice sufrir... Y no; tú tampoco, porque también sufrí yo... Pero escucha, sábelo, es menester que nunca me hables de ese Vizconde. Le miro, pero me espantan sus ojos claros de vidrio, corta su mirada, lastima... Sonrío porque debo sonreir...

Pero a tí he de decírtelo; le tengo miedo!

Carlos ¿Por qué? ¿Te dijo algo?

Alicia No, nada. Mas, aún cuando dice trivialidades, temo sus ojos, por eso no aparto la vista de ellos. El otro día leyendo la revista en que tu escribes, repasó tus versos..., aquellos... «La oscuridad vigila»... Los leyó, luego me rogó que los leyese, y yo, leyéndolos, sentía que sus ojos me acechaban y empecé a temblar y no pude terminar la lectura... El, viendo mi confusión, se limitó a sonreir. Su sonrisa me atemorizó más que su mirada... Huí... Desde entonces no hablamos nunca a solas.

Carlos ¡Locuela!

Alicia No, si lo supongo, si lo sé. Tiene que ser bueno, sino no sería amigo de mi padre, ni estaría aquí... ¿Pero a tí no te ha sucedido nunca? A veces encontramos una persona que no hemos visto jamás y quisiéramos llamarla amiga; a veces tropezamos otra, y aun sin conocerla, nos es desagradable. Pues así, sin saber por qué, me inquieta el Vizconde de Villagomil.

Carlos ¿Y esa inquietud, proviene de un leve presentimiento tan sólo? ¿No medió otra cosa que la justifique? ¿No hubo nada más?

Alicia Nada más! Pero presentimiento o superstición, el hecho es que existe. Yo no sabría explicar este temor. Te lo confieso a tí. A los demás no me atrevería porque solo sabría decirles, que le temo, por algo que parece que le acompaña... Es como una luz extraña que brotase de sus ojos.

CARLOS ¡Bah! Haces mal en preocuparte. Eres una chiquilla.

ALICIA No, Carlos, no. Hay más... (Confidencialmente.) Anoche tuve mucho miedo, sé que vas a reirte de mí; pero aun a trueque de que así sea, he de contarte lo sucedido. Escucha... Eran las altas horas de la noche. Yo me había acostado muy temprano y debía haber dormido bastante tiempo. Desperté sobresaltada, era como si una mano me oprimiese el corazón..., una angustia..., un temor...

CARLOS ¡Vamos, loca!

ALICIA ¡Oh! No exagero, créeme, no exagero... Me lancé fuera de cama, me abrigué un poco y entreabrí la ventana de mi dormitorio. Y entonces... aun tiemblo... ¿No ves como tiemblo?

CARLOS Por Dios, tranquilízate... ¿Qué sucedió entonces?

ALICIA Ví sobre la balaustrada del balcón como dos luciérnagas como dos luminarias en la noche oscura... y luego ví que aquellas luciérnagas se alzaban y observé un batir de alas silencioso y un pájaro grande, un pájaro negro, se alejó al espacio y se lanzó volando sin turbar el silencio de la noche... Y al tiempo...

CARLOS ¿Qué?... ¿Qué sucedió?

ALICIA Al tiempo fué como si una sombra se deslizase cautelosamente por las avenidas del parque. Quise fijarme en ella y miraba al pájaro, y miraba al pájaro y pretendía seguir la sombra... Les ví como cosas distintas y pensé después que fuesen la misma cosa. El pájaro y su sombra. ¡Pero tuve mucho miedo!

CARLOS Eso querida...

ALICIA Sí, ya sé, es ridículo, grotesco, todo lo que quieras, mas todas tus razones no bastan a tranquilizarme. Yo me eduqué aquí, en este Pazo venerable. Toda la tradición vive en mí, me enseñaron a respetarla y no puedo burlarme de esos agüeros, que son verdaderos presagios. Parece que sobre nosotros se cierne una amenaza.

CARLOS ¿Cuál podría ser? ¡Bah! Tranquilízate. La culpa de esa inquietud la tienen los cuentos de Héctor y las narraciones fantásticas del Vizconde. Por lo demás, ¿qué puede sorprenderte del suceso? ¿Hay lechuzas en los contornos? ¿Sí? Pues ahí tienes tu fantástico pájaro negro. ¿La sombra? La suya. Todo es muy natural.

ALICIA Sí; tal vez sea todo como piensas tú...

CARLOS No tiene otra explicación. Vaya, ya sabes que no me gustan las mujeres medrositas, y tú que me gustas sobre todas, no quiero que lo seas, no debes serlo.

ALICIA ¡Si no lo soy! ¿Me quieres mucho?

CARLOS Loquilla, con toda mi alma. (Entra el Marqués de Pena. Usa barba y es, al igual que la cabeza poblada, blanca, como ampo de nieve).

MARQUÉS ¿Os retirásteis pronto del jardín?

ALICIA No papá..., es..., verás...

MARQUÉS Si no os recrimino. El amor es así, egoista, no gusta de entrometidos que turben su serenidad... Bien... Bien..., no me parece mal. (Transición). Poeta, leí tus últimos versos y la gacetilla de redacción que les encabeza. Me parecieron bien, muy bien... Yo no fuí nunca capaz de hacer cosa parecida, y no es que reniegue de tal ocupación... Pero

ya se sabe. Todos no sirven para todo. Tu mismo que haces versos tan maravillosos, según dicen, estoy seguro que te equivocas con frecuencia en las cuentas de tus caseros. Y es bastante más sencillo. Esas las llevo yo al céntimo. La ley de las compensaciones.

CARLOS Marqués, por Dios. Las alabanzas en vuestra boca tienen la virtud de ruborizarme.

MARQUÉS Sabes apreciar el elogio; eres modesto. ¡Y eso es raro! ¡Qué tarde más hermosa! Y ese Vizconde... ¡Oh!, ese Vizconde es delicioso... La nobleza antigua hace contraste con la nobleza de ahora. ¡Qué diferencia señor, qué diferencia! Un pobre diablo con dos cuartos, tiene un título. ¿Pero, de qué le sirve? Siempre desentona. Si a Héctor le hiciesen dirigir un cotillón haría el ridículo, aunque tuviese muchos millones y le hiciesen príncipe.

CARLOS Acaso la moda impondría su manera de bailar. ¿Verdad, Alicia?

ALICIA ¡Oh! Y sería famoso.

MARQUÉS ¡Muy famoso! Que cosas dices... Hace muy buen tiempo, algo húmedo, ¿verdad?, me muerde el reuma y es el tiempo..., no, la edad no. Aun me siento joven... Antes éramos más fuertes, ahora la juventud nace ya con achaques... Pero y Fernando?

ALICIA Estuvo aquí, papá, con nosotros.

MARQUÉS Hizo bien. El Vizconde preguntó por él, fueron camaradas en Madrid, y él fué quien me lo presentó y quien lo trajo de temporada aquí... Y estoy satisfecho!

CARLOS Es muy símpático.

MARQUÉS Todo un señor, es verdad. (A Carlos). Me

pareció observar que no le miras con agrado y haces mal... No, no te disculpes, lo observé yo. Pero ahora me parecéis buenos amigos y me alegro del cambio. ¡Ah! Y a propósito, no puedes calcular las buenas ausencias que hace de tí... Verás, ahora has de oirlo. Llega con Adela, con tu mamá Alicia, eso es, con tu mamá..., tenéis que acostumbraros. (Entran Adela y el Vizconde).

VIZCONDE Adiós, querido Carlos; Alicia, perdonadme. Hoy el poeta, el primero, para que vea cómo se le estima y se toma parte en sus triunfos.

CARLOS Humilde es éste, Vizconde.

VIZCONDE Humilde sí, pero bien ganado.

CARLOS La amistad os hace demasiado amable.

VIZCONDE Pues soy parco en el elogio, creedme. Esa poesía «La oscuridad vigila», me ha emocionado profundamente. Es una maravilla de descripción. ¿Verdad Marquesa?

ADELA Quizá un poco romántica, pero muy sentida.

MARQUÉS ¿Muy sentida? Bien. Tú lo afirmas, pero permíteme, yo no lo estimo así, porque no puedo creer que la oscuridad llegue a producir tan alta emoción.

CARLOS Porque sois demasiado noble, señor. Ponéos en situación. Sed por un momento el hombre réprobo que busca la complicidad de la sombra para realizar un acto malo y entonces comprenderéis cómo la sombra solamente le intranquiliza y le desasosiega. Y es que en ella, hay siempre como una mirada vigilante, que porque es anónima, se ignora de donde procede, contra la que toda lucha es imposible y que se apodera del

secreto y puede descubrirle cuando le acomode.

MARQUESA ¿Una mirada vigilante? ¿Un fantasma? (Ríe nerviosamente). ¿No os parece que está ya demasiado lejano ese mundo, querido poeta?

CARLOS No, Marquesa, perdonad; pero creo precisamente lo contrario. Pienso que en todos los seres, y velando sobre ellos, hay un fantasma, algo que les cohibe y les recrimina cuando se aventuran por la senda del mal. Si no existiese eso, y llamadle del modo que mejor os parezca, el arrepentimiento sería una ficción. Y observad, que para cada vida de pecado, hay siempre otra de arrepentimiento.

VIZCONDE La que sirve de prólogo a la santidad... ¿No es así? (Ríe). Pero esto se está poniendo serio y pesa demasiado. ¿Verdad, Alicia? Vamos, Carlos, abandonad ese papel y adoptad el de penitente... A ver si lográis la absolución.

ALICIA ¿Por qué, Vizconde?

VIZCONDE Por el pecado nuestro de hurtárosle un instante.

ALICIA En ese caso, otro debiera ser el penitente.

VIZCONDE ¿Y no tendríais miedo, a que la confesión no acabase nunca? Yo, a vuestras plantas, no hablaría de mis pecados, sino de vuestras gracias, y pudiera ser que mis pensamientos aumentasen su caudal.

MARQUESA ¿También galanteador, Vizconde?

ALICIA Sé que la galantería es cumplido en esta ocasión y la estimo de veras.

MARQUESA No es reproche.

MARQUÉS ¿Por qué había de serlo?

VIZCONDE Motivo no le hay para que lo fuese, Marquesa. ¿Habéis observado, querido Marqués, el abandono en que me tiene Fernando? Desde el almuerzo no he vuelto a verle.

MARQUÉS Sin embargo, desde que llegásteis, está muy contento. Lo creo casi satisfecho.

VIZCONDE ¿Y por qué no ha de estarlo, querido Marqués? No tendría disculpa si no lo estuviese. Esta vida vuestra, tranquila, reposada, serena, es hermana gemela de la felicidad. ¡Cómo os envidio!

MARQUÉS ¿Por qué?

VIZCONDE Poseéis lo que yo no espero alcanzar jamás. ¡Oh!, no, no; yo fuí siempre como un peregrino, hice jornadas, caminé constantemente, mas en ningún lugar hice posada. Hoy ya soy viejo, el tiempo derrochado no puede volver a vivirse. (Hablan bajo).

ALICIA Es una locura, lo dices tú. Pero le temo...

CARLOS Pues nada da motivo a temor semejante.

ALICIA Nada y todo. Ese Vizconde, llegó ayer y nos domina a todos ya. A tí, a mí, a papá, a... Adela... Tan sólo Fernando puede burlarle y Fernando no se ocupa de él.

CARLOS Exageras, toma ejemplo de mí. Yo soy el que más debiera temer: eres joven, guapa, noble, rica... El es soltero... Y ya ves, no le temo porque tengo fe en tí.

ALICIA ¡Oh! En cuanto a eso... (Hablan bajo).

MARQUESA ¡Vaya una ocurrencia, Vizconde!

VIZCONDE Siento que no sea mía del todo.

MARQUÉS El remedio está a vuestro alcance.

VIZCONDE ¿Creéis que todos tienen vuestra suerte? Hace falta nacer, querido Marqués.

¡Bah! Bien sé yo, que hay mujeres bellas, y que muchas guapas, arden en deseos de ser conducidas al altar... y de cambiar de apellido... ¿Pero quién asegura que lo merecen? El pabellón cubre la mercancía, dicen. Mas, es el caso, querido Marqués, que hay mercancías que por mucho que las cubra el pabellón, encuentran siempre una abertura por donde descubrir su procedencia y naturaleza... ¡Y es desagradable!

MARQUÉS Por lo menos para el pabellón.

MARQUESA ¡Sois terribles! Parece que se retrasan nuestros vecinos. Hoy os presentaremos a nuestros primos los Barones de Cenlloa. Un poco ridículos.

MARQUÉS Pero de la nobleza antigua, Vizconde. Uno de sus abuelos, fué soldado con Godofredo y otro capitán con el de Alba. Famosos, muy famosos.

VIZCONDE Deseo conocerles ya.

CRIADO (Anunciando). Los señores Barones de Cenlloa.

MARQUÉS Oportunamente llegan. (Al entrar) Queridos... Permitidme. (Presentando). El Vizconde de Villagomil... Los Barones de Cenlloa.

VIZCONDE Señora... Señor...

BARÓN Sabía que érais huésped de mi primo y debo disculparme por no haber acudido a saludaros.

BARONESA (Mientras van saludando cariñosamente a todos). Aun no vendría hoy. El Barón es hombre muy ocupado. (A Adela). ¿No sabes? Ahora se dedicó al cultivo del gusano.

VIZCONDE Noble ocupación.

BARÓN Mis ocupaciones son siempre así. Todas muy nobles y muy distinguidas. Vendí mis tierras precisamente por eso.

Que las cultiven los rústicos; para eso nacen. Conservo el parque. ¡Ah!, eso sí; una maravilla, en él todos son recuerdos. ¿Verdad, Florentina? Todos son recuerdos.

MARQUÉS ¡Y menos mal que aún tenéis memoria para conservarlos!

BARÓN ¡Bromista! ¡Oh!, perdonadme. Yo soy así; muy franco y muy espontáneo. Las bromas me gustan. ¿Verdad, Florentina? Solo en cuestiones de honor y de moral un poco quisquilloso.

BARONESA ¿Un poco? ¡Mucho! Con deciros que casi todos nuestros cuadros tienen remiendos... Parece que tiene miedo que aquellas buenas señoras pesquen un resfriado.

BARÓN Florentina, cuidado..., ¡cuchufletas no!

BARONESA Incluso a un amorcillo del parque le condenó a usar faja. ¡Fijáos! ¿Vísteis cosa parecida?

BARÓN A aquel amorcillo le sobraba algo. El hijo del jardinero se entretenía en tirarle piedras e iban todas a dar al mismo sitio. Por algo sería. (Una carcajada de Fernando entre bastidores, hace callar a todos que miran a la puerta lateral, por donde aparece con Héctor, sin cesar de reir).

FERNANDO ¿Sabéis la gran novedad, señores? Nuestro Pazo está embrujado.

MARQUÉS ¡Fernando!... ¿Bromeas?

FERNANDO No, querido papá; Héctor acaba de contármelo.

VIZCONDE Graciosa ha de ser la historia.

FERNANDO Por ello he querido que la escucháseis de sus labios.

MARQUESA ¿Pero vas a entretenernos con habladurías?

FERNANDÓ ¿Y qué mal hay en ello, señora? Yo no

tengo interés en que oigáis tal relato, pero el Vizconde pierde la ocasión de poder apreciar hasta donde llega el espíritu creador de nuestros paisanos.

VIZCONDE Por eso yo os rogaría que permitiéseis a Héctor que nos explicase lo que sucede.

MARQUÉS Vamos, Héctor, habla.

HÉCTOR Con el permiso de los señores, hablaré. Yo no os lo hubiera dicho, pero el señorito Fernando es tan bueno, que ha querido que os cuente lo que en el poblado se murmura, porque cree que lo cuento donosamente... Yo creo que solo miró a distraeros, señores, que otra cosa no puede ser.

VIZCONDE ¿Tan divertido es el suceso?

HÉCTOR Verá el señor Vizconde; como divertido no lo es mucho, y prueba de ello es el temor de los vecinos que saben de él y murmuran de su existencia. La cosa se descubrió casualmente..., unos mozos que venían de cortejo, al pasar ante el Pazo, se dieron cuenta de algo extraño, se atemorizaron, y ya se sabe... Luego, cada uno dice lo que le parece, y si el señor pregunta, cada uno refiere el hecho de modo distinto y no hay medio de ponerse en lo justo.

MARQUÉS ¿Acabarás, Héctor?

HÉCTOR Voy, señor, voy. Pues es el caso que la gente dice que el Pazo está embrujado y cuenta que aun vino el cura a bendecirle por la Pascua, que no me olvido de él, así como así, y bien recuerdo que llevó ocho huevos de la docena que se le pone para que coja los que le parezca. Antes el Sr. Abad no llevaba ninguno. Pero estos curas nuevos, son más

campechanos y no tienen consideración.

MARQUESA ¡Héctor!...

HÉCTOR Perdone la señora. Pero es una falta que el cura les tome en el Señorío de Pena... No estábamos acostumbrados y es fuerza que parezca mal.

FERNANDO Sigue, Héctor, sigue. (Se apoya en el respaldo de una silla y observa atentamente a la Marquesa).

HÉCTOR Pues eso es, dice la gente que está embrujado, porque todas las noches, a las altas horas, y en la tercera ventana de la derecha del balcón central...

ALICIA Donde dormía mamá.

FERNANDO Donde duerme hoy el Vizconde.

MARQUESA ¿Qué sucede? ¿Qué?...

FERNANDO Tranquilizáos, señora.

MARQUESA ¿Por qué no he de estarlo, Fernando? ¡Sigue, Héctor!

HÉCTOR Pues en esa ventana dicen las comadres que a las altas horas aparece una luz, se oculta, vuelve aparecer, y así por tres veces.

VIZCONDE ¡Bah! Habladurías.

HÉCTOR Debe ser así. El señor duerme en aquel cuarto, y si nada extraordinario observó, nada extraordinario puede suceder. Pero en el poblado se asegura que la tal luz se presenta todas las noches, y hasta hay quien dice que puede ser una señal.

MARQUESA ¿Cómo? } (Intranquilos y rápidamente).
VIZCONDE ¿Qué? }

FERNANDO ¿Pero vais a tomar en cuenta lo que dicen los gañanes? Sería absurdo.

VIZCONDE ¡Oh!, no. Sin embargo, yo no puedo creer que en el cuarto que ocupo sucedan esas cosas.

FERNANDO Y la Marquesa participa de vuestra opinión. Sigue, Héctor, termina.

HÉCTOR Ya he terminado. La luz aparece, eso dicen que es cierto. Ahora que para explicar su presencia andan todos devanándose los sesos. Muchos dicen lo de la señal. Otros se atreven a más y dicen que quizá sea el alma de la difunta señora...

FERNANDO ¡Ah! Termina.

HÉCTOR Que acude a velar por los señoritos.

FERNANDO ¡Ah, vete, Héctor, vete! ¿A qué traes aquí su recuerdo?

MARQUES ¿Y dónde mejor?

FERNANDO No, aquí no. Su recuerdo es nuestro, de sus hijos; nuestro, solamente nuestro. Los demás o no supieron guardarle o no tienen por qué guardarle. ¿Qué importa a los demás de mi madre?

MARQUES ¡Fernando... Fernando!

FERNANDO ¿Qué importa a los demás de mi madre? ¡Vete, Héctor! ¡Mi madre!... ¡Sí! En labios de las gentes para honrar su nombre, en labios de sus criados para bendecirle, aquí no, aquí vivió y no ha de humillarse su memoria... ¡Vete!

HÉCTOR Voy, señorito, voy. Pero el señorito sabe que solo respeto y devoción hay en mí para ella, que tan buena fué siempre con nosotros.

FERNANDO ¡Vete!

HÉCTOR Voy, voy. (Sale Héctor).

MARQUESA Por Dios... Esta escena.

FERNANDO Tenía que ser. ¿No supusísteis, que tendría que suceder esto, señora? Y aún así, sabiéndolo, os introdujísteis aquí. Ahora no os llaméis a engaño.

MARQUÉS ¡Basta, Fernando!

ALICIA Cálmate, cálmate...

FERNANDO ¡Ah! ¿Por qué no me diréis que fué el amor? ¡Amor! (Ríe) Hay labios en los que tal palabra sabe a profanación.

MARQUÉS Fernando, ¿qué dices? Vuelve en tí, desgraciado. Respeta mis canas, que debes honrar solamente y las ultrajas con tus insolencias... El león perdió los dientes, pero aún tiene zarpas.

FERNANDO ¿Me amenazáis?

MARQUÉS ¿Y no tendría derecho? ¿Olvidas que soy tu padre?

FERNANDO Mi padre... ¡Sí, es verdad! Perdonad que lo hubiese olvidado. Pero no tengo la culpa. Ser padre es tener derechos y es tener deberes, es pedir y dar, exigir sacrificios presentando sacrificios también... Sí, yo quiero sacrificarme, quiero sacrificaros mis sentimientos y mi modo de pensar, pero decidme en nombre de qué sacrificios exigís este mío de ahora... (Ríe).

ALICIA Calla, calla...

FERNANDO Perdón, Vizconde... (Transición). Esta vida tiene sus encantos..., ya veis..., la familia..., el hogar... Ven... Vamos... (Salen Fernando, Alicia y Carlos)

MARQUÉS ¡Oh! Es terrible esto, doloroso..., no puedo más, sufro demasiado.

MARQUESA ¿Lo ves? Nos odia, nos odia. Y tú no tienes carácter. Las fierecillas se domestican.

MARQUES ¡Imposible! ¡Imposible! ¿Y qué diréis, Vizconde, qué diréis de nosotros?

VIZCONDE No os apuréis por mí. He pasado un mal rato por verme obligado a presenciar la escena, de la que apenas me enteré..., procuré no enterarme... Sabía que habría de apenaros el que la recordase.

MARQUÉS ¡Oh, amigo mío! No sabéis cuanto estimo vuestras palabras... Perdonadme..., salgo, necesito serenarme. Me ahogo.

BARÓN ¡Vamos! Tranquilízate... (Sale el Marqués, sostenido por su mujer y el Barón. Al trasponer la puerta vuelve Adela).

MARQUESA ¿Mi abanico? (Bajo al Vizconde). ¿Le habías guardado?

VIZCONDE Sí ¡Tómale! ¡A las dos!

MARQUESA ¡Ah! Pero...

VIZCONDE ¡Esta noche a las dos!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ANTERIOR. ANOCHECE

Fernando aparece por la lateral derecha. A poco entra Alicia por la lateral izquierda.

FERNANDO ¿Qué tal sigue?

ALICIA Mal, muy mal. Se ahoga..., dice que le falta aire y todo está abierto. Fué muy grande el disgusto que recibió. Te creía resignado y ya ves...

FERNANDO Mal me conoce... ¿Creer que me resignaría? ¡Bah!, eso no pudo creerlo nunca.

ALICIA ¿Por qué? Si yo misma pensé... ¿Si no, por qué habías de volver?

FERNANDO Por tí, por ellos, todo me reclamaba aquí... Escucha, cuando él decidió volver a casarse, escapé de este caserón; no fué una marcha, fué una huída... Y huí temiendo el dia de su llegada, temiendo el momento en que reemplazase a nuestra madre y fuese señora en la morada en que ella lo había sido. Me parecía que al entrar ella, lo único que quedaba de nuestra madre, había de perderse, temiendo el contagio de su presencia, que nada justificaba.

ALICIA Era ya la Marquesa de Pena.

FERNANDO Sí, era la Marquesa de Pena. No lo olvido, pero tampoco lo comprendo. Porque yo miro ese matrimonio. La veo a ella, una chiquilla; le miro a él, un an-

ciano; y sin quererlo, sin que pueda evitarlo, me parece la unión barragania y veo la mujer entregándose al mejor postor. ¿Comprendes esto? ¿Ves ahora por qué es sacrílego el que tal mujer reemplazase a mi madre en el hogar que ella formó?

ALICIA Sí, es triste, doloroso, pero ahora tenemos que conformarnos. No podemos hacer otra cosa.

FERNANDO ¿Conformarnos? ¡Oh, no! ¿Qué más quisieran ellos? Ahora les veremos sufrir, y sufrirán tanto como nosotros hemos sufrido. Ya empiezan... Ya empiezan... El, postrado, enfermo, y aún no lo sabe todo, aún no sabe hasta dónde su desgracia alcanza... ¿Y ella? ¡Oh! Ella saldrá de nuestro Pazo como no quisiera salir la última de sus criadas...

ALICIA Fernando... por Dios... ¿Qué vas a hacer?

FERNANDO ¿Yo? ¡Esperar! ¿Parece que no es hacer nada, verdad? Pues oye, es más difícil de lo que yo presumía. Esperar, hacer Carnaval de la propia vida, procurarse un disfraz para cada sentimiento, es una tortura inconcebible... ¡Ah!, si supiese que al final no había de encontrar la alegría que imaginó, no sabría resistirla.

ALICIA ¿Pero, qué piensas hacer? Me espanta esa tranquilidad y ese afán de venganza. Mi madre hubiese perdonado.

FERNANDO Acaso... Ella era una santa... Pero yo, ¿por qué? ¿Por qué voy a perdonarles? ¿Qué motivos servirían de fundamento a tal perdón? ¿Qué debo a mi padre? La vida. ¿Se la pedí yo acaso? Entonces!...

ALICIA ¿Qué dices? Vuelve en tí. Lo que aca-

bas de decir es una blasfemia y Dios las castiga.

FERNANDO Dios está conmigo... El me dirige... El sabe que mi obra, siendo obra de venganza, es fruto de amor... ¡Mi obra! Ni mía es! Yo dispuse la escena, coloqué en ella los muñecos y la fatalidad les hizo jugar... Y fuí espectador de la obra que concebí, ya que otra mano trazó sus líneas y marcará el desenlace... Y esa otra mano ¿por qué no he de pensar que es la mano de Dios, que me quiso auxiliar?

ALICIA ¡No lo creas, Fernando! Dios manda perdonar siempre. Perdona, olvida... Deja la justicia a su cargo.

FERNANDO ¿Y es tiempo ya? ¿Podría?... ¡Ah!, no, no...

ALICIA Sí, Fernando; es tiempo aun...

FERNANDO ¡No! Y aunque lo fuese nada haría. No soy bastante fuerte para imponerme tal sacrificio y por tí los haría todos. Pero tu ignoras el raro deleite que acompaña cada uno de los momentos que dedicas a la obra de toda tu vida... Y esta es la razón de la mía, que sacrificaría a tí,si supiera que el final te reservaba una lágrima... Pero no, no habrá lágrimas para tí, tú querías a nuestra madre.

ALICIA Pero disculpo a mi padre.

FERNANDO ¿Y a ella?... Contesta... ¿A ella?

ALICIA A ella... también!

FERNANDO No; dime que me engañas..., tú la querías tanto como yo; nuestras cabezas reposaron juntas en su regazo... Mi venganza es la tuya.

ALICIA Yo perdono...

FERNANDO ¿Perdonas? ¡Ah!, seré yo solo, seré yo solo...

ALICIA — No, prométeme que nada harás... La desgracia se cierne sobre nosotros... Lo adivino... Lo presiento... ¡Y sería horrible! ¿No piensas que puedes arrepentirte de lo que ocurra? ¿No temes el desenlace?

FERNANDO — No temo nada. Sabes de mis sufrimientos, de mis dolores de hoy, pues bien, aunque supiese que mañana sufriría más, inconcebiblemente más, seguiría mi camino, el que me tracé yo... sin detenerme, ni retrasar un minuto la hora en que los demás comiencen a sufrir... Perdonar, ¿puedo perdonar yo acaso? ¿A quién le importaría mi perdón?... Escucha..., óyela..., mira con qué regocijo se acerca, y su marido sufre y ella misma debiera sufrir ya...

ALICIA — ¿Y quién te dice que ella?...

FERNANDO — ¿Ella?... ¿Y por qué?

ALICIA — Acaso esa historia del Pazo embrujado...

FERNANDO — Esa... ¡Calla!

ALICIA — Acaso tu amigo el Vizconde...

FERNANDO — ¡Ah! ¡Callarás! (Transición. Entran Adela y la Baronesa).

FERNANDO — ¿Que tal el enfermo?

MARQUESA — Bien. Vendrá a hacernos compañía dentro de un rato. Después que le sirva un ponche, que yo misma habré de llevarle luego.

FERNANDO — Me felicito.

MARQUESA — (Con intención). Lo creo; eres un buen hijo.

BARONESA — Acércate, Fernando. (Mirándole la corbata). Sí, es igual, igual a la de mi marido.

FERNANDO — Celebro coincidir con una persona de tan buen gusto.

BARONESA — ¡Bah! A la broma tienes siempre dere-

cho, a la injuria nunca. El pobre señor llegó a Barón.

FERNANDO Porque te casaste con él. Así se llega pronto.

BARONESA Oh! Entonces era un buen mozo. Hoy ni el modo de andar conserva. Bien, él era ya de familia noble. Los Dopazo... Pero, ¿dónde se habrá metido?

FERNANDO En la sala de billar estaba.

BARONESA ¡Si no sabe jugar! ¿Qué hace allí?

FERNANDO Con Héctor de conversación.

BARONESA Menos mal.

FERNANDO Temías que fuese otro su interlocutor?

BARONESA Su interlocutora, querrás decir.

FERNANDO La diferencia es pequeña, cuestión de sexo.

BARONESA La más interesante. Vaya... hasta luego.

ALICIA Yo te acompaño. (Salen).

MARQUESA (Fernando, al quedar solos, se dirige a la puerta como para marchar). Fernando... ¿No crees deberme una explicación? ¿No estimas necesaria una conversación entre nosotros?

FERNANDO ¿Por qué, señora?

MARQUESA Tu conducta me sorprende. ¿Olvidaste acaso que soy una mujer? Ya ves que discreta soy. Pude presentar otro título que te obligase al respeto, y únicamente te hago ver mi condición de mujer.

FERNANDO ¿Y bien... señora?...

MARQUESA ¿Te parecería mucho que para mi tranquilidad, para el sosiego de tu padre, te pidiese un poco de compasión? Observa..., en mi casa, soy como extranjera; los mismos que me deben un poco de respeto, se vuelven contra mí... Tú, Fernando, tú eres mi enemigo. ¡No lo niegues! He tenido que convencerme aún contra mi voluntad.

FERNANDO ¿Yo vuestro enemigo, Marquesa?
MARQUESA Marquesa... ¿Por qué no Adela?
FERNANDO Y Adela... ¿por qué? No, no os llamaré así.
MARQUESA Cuando vine aquí, llegaba ávida de cariño. Vine a este Pazo, no a ser la Marquesa de Pena, creí que podría ser también la sucesora de tu madre en sus afecciones...
FERNANDO ¿La sucesora de mi madre?... ¡Ah!
MARQUESA Sí. No creo que haya temeridad en el dicho.
FERNANDO A vuestro juicio no, seguramente. El mío permitidme que le reserve. Ganáis con ello.
MARQUESA ¿Me ofendes?
FERNANDO Líbreme Dios, hago solamente una afirmación. Sin daros cuenta al remover cenizas, tropezásteis el carbón encendido y sentís el escozor de la quemadura porque no habéis sabido retirar la mano a tiempo. No me culpéis, no culpéis a nadie... De todo no hay más que un responsable...
MARQUESA ¡No seré yo!
FERNANDO ¿Y quién lo sabe, señora? Cuando llegásteis a ser la Marquesa de Pena, cuando venísteis a este caserón, entre los que os recibían y festejaban había un ser que no pudísteis descubrir, pero que hubiérais podido adivinar. Y aquel ser no sonreía... Quizás era el único que vestía de duelo...
MARQUESA ¡Oh! Entonces no estabas en el Pazo, y yo te aseguro...
FERNANDO Que todo fué fiesta y alegría. ¿Verdad? Lo sé... Pero... oidme, aquellos servidores que pusieron flores en vuestro camino y sonrisas en su semblante para

adularos, guardaban un recuerdo en su corazón... Y ese recuerdo flotaba sobre todos ellos y era el extraño e invisible personaje, que fué vuestro enemigo porque usurpábais su lugar... ¿Comprendéis?

MARQUESA ¡Oh!

FERNANDO Sí, comprendéis... Aquel regocijo ocultaba un dolor... El dolor dormía, vuestra presencia realizó el milagro de despertarle... Acordaos... Alicia os tendió la mano sonriente y en el fondo de sus ojos corrían las lágrimas... Todos valientemente desfiguraban sus sentimientos. ¿Vais a condenarme porque no sea tan fuerte que pueda disfrazarles también?

MARQUESA ¿Y qué hice yo para merecer tu odio? ¿Por qué has de ser mi enemigo?

FERNANDO ¿Y quién es vuestro enemigo? Quizá el mismo de quien lo esperáis todo. Aquí solamente debéis guardaros de uno, y ese os envuelve. ¡Es su sombra!

MARQUESA ¿Su sombra? ¿Por qué he de temerla? ¿No soy yo lo que antes era?

FERNANDO ¡Cuidado, señora! Los dos y uno más que nosotros, sabe que la Marquesa de Pena de hoy, se parece a la de ayer nada más que en el nombre que lleva. ¡Aquella fué una santa!

MARQUESA Oh! ¿Qué dices? Pero... bah!, tus calumnias se vuelven contra tí.

FERNANDO ¡Sabéis que no calumnio! Sé lo que es menester ser ciego para ignorar. ¡Y lo consiento! De mi tolerancia no tendréis queja, Marquesa; os hago el favor de no enterarme de nada. ¡No lo olvidéis!

MARQUESA Amenazas, siempre amenazas. ¿Qué puedes saber? ¿También en tu espíritu

hicieron presa los cuentos de Héctor? Nadie lo creería. ¿Me supones capaz?...

FERNANDO Señora, para ello basta con observar solamente.

MARQUESA ¿Y sabes?

FERNANDO ¡Todo! Ya veis que no soy vuestro enemigo. Pero no me agradezcáis el silencio. A él no le perdono y él a mí no me creería; porque piensa que os odio.

MARQUESA ¡Ah! (Vencida desfallece. Sale Fernando Entra el Vizconde, y acercándose cautelosamente, le cubre los ojos con las manos). ¡Imprudente!

VIZCONDE He sentido batir las alas de dos mariposas en las palmas de la mano. Voy a ser afortunado.

MARQUESA No es la ocasión de bromear.

VIZCONDE Efectivamente. Estás inquieta. ¿Qué tienes?

MARQUESA Fernando lo sabe todo.

VIZCONDE ¿Y qué sabe?

MARQUESA Todo. ¿Entiendes? Nuestro secreto es suyo también. ¡Oh! ¿Por qué te amé? Debí luchar, oponerme con todas mis fuerzas al ansia de amar que me invadía; ser fuerte y fuí débil... Pero tu no lo ignoras. Mi caída fué obra de amor... ¿Por qué te escuché?

VIZCONDE Me escuchaste y no hablaba yo. Hablaba tu alma..., no podías rebelarte contra ella. Por eso no pudiste caer... Te alzaste sobre todas las miserias y sobre todas las creencias, buscando tu vida... ¡la tuya!..., la que olvidaste el dia de tu casamiento y que esperaba tu regreso para volver a caminar.

MARQUESA La mía debió de ser la que abandonaba.

VIZCONDE Y qué te esperaba en ella, si todo la hacía odiosa... El odio de los hijos de tu marido, el amor de tu esposo, que

era el amor de un hombre anciano y enfermo que no podía comprenderte... Entre ellos sería tu alma un enigma... ¿Quién se cuidó de despertar en ella horizontes nuevos? ¿Qué les debes?

MARQUESA En cuanto a eso, nada, ciertamente. Y sin embargo, ¿por qué temo esta vida de engaño y de crimen?

VIZCONDE No, de crimen no. Santamente vivías aquí, nada te faltaba y te faltaba todo. Tu jaula era dorada, pero en ella eras como el pajarillo sin libertad y sin amor; yo rompí los barrotines de oro de tu prisión, para llevarte a un mundo más bello que aquel en que vivías, y tu fuíste feliz. ¿Es crimen procurarse la felicidad?

MARQUESA Estaba casada; en ley de Dios me debía a mi marido. Al olvidarlo, falté a todas las leyes: a la de los hombres, a la de Dios.

VIZCONDE A la de los hombres, acaso; a la de Dios, nunca. Dios es el amor..., amando estás en su reino... ¿Y tú amas mucho, verdad?

MARQUESA Figúrate como debo amar, para no encontrar obstáculo hasta llegar a tí. Mi amor era un crimen... ¿Y que, al final de ese crimen no estabas tú?... Mi amor era un pecado... ¿Y qué, en la puerta de ese infierno, no me esperaban tus brazos?... Fuese crimen, pecado o traición, no me habría detenido... Lo sabes bien... Era mi vida lo que recobraba con ello...

VIZCONDE Así me gusta verte. Sin desfallecimientos, que son debilidad, y tú fuíste la mujer fuerte al venir a mí... Además tú sabes que nadie puede sospechar lo que entre los dos existe.

MARQUESA Te he dicho que Fernando lo sabe.

VIZCONDE Qué sabe él, lo que saben todos. Lo de la señal... ¿Y no podría hacérsela a Alicia? ¿No podía ser ella?

MARQUESA ¿Cómo? ¿Imaginas que yo consentiré la superchería? ¡Oh!, aún no caí tan bajo. ¡Pobre niña!

VIZCONDE ¡Bah! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué mal hay en que lo crean? Yo me casaré con ella...

MARQUESA ¿Que tú te casarás con ella? No, a fé que no sucederá. Eso es imposible.

VIZCONDE Sí, sucederá, es tu salvación, nuestra salvación. Nuestro amor se salvará así.

MARQUESA ¿Pero cómo has podido imaginar que yo me había de prestar a eso? Tú casado con Alicia... Tú que eres el amante de la mujer de su padre... ¡Oh! Nunca, nunca...

VIZCONDE Sí, tú me ayudarás a conseguirlo... Ganamos todos... Tú recobrarás la tranquilidad... ¿Quién podría después creer que el marido de tu hijastra sea tu...? ¿No comprendes?

MARQUESA Preferiría no entenderte, pero sí, te entiendo, y me espantas... No, no serás su marido! No lo serás, aunque para conseguirlo tuviese que confesarlo todo... ¿Cómo es posible que me creas tan baja?

VIZCONDE Porque defiendas tu amor.

MARQUESA ¿Mi amor? ¿No comprendes que si te amo tanto, no he de querer tener un rival que tenga derecho a tus caricias, a la que deberías acariciar en mi propia presencia, cuando yo te amo también?

VIZCONDE Ese es precisamente el motivo de mi determinación. Te amo demasiado para querer perderte y te perdería si no me

casase con ella; por eso estoy decidido. De ese modo lo salvamos todo.

MARQUESA No, mejor es que acabemos por perdernos. No consentiré nunca en ese enlace.

VIZCONDE Entonces renuncia a mí para siempre. Pero piensa que será lo mismo. No puedo alejarme así, olvidando tu conveniencia y tu bienestar, y haré lo posible porque todo suceda según mis planes.

MARQUESA No lo harás. En tí sería una villanía, en mí una infamia.

VIZCONDE ¿Y vamos a detenernos ahora por tan poca cosa?

MARQUESA ¡Oh! (Transición). Bien sea. Yo comienzo a expiar... Vizconde, teme la hora que llega si no sabes renunciar a tal proyecto.

VIZCONDE ¡Bah!, querida... Tus pensamientos son demasiado lúgubres, y no hay motivo... (Entra Carlos). ¡Querido Carlos!

CARLOS Vizconde... Señora... (Tras saludar). ¿Qué tal el Marqués? Ya he sabido que está mejor. Héctor me lo dijo ahora en el portón. Conversaba con gentes del lugar.

VIZCONDE Alguna nueva historia.

CARLOS ¿Y quién hace caso de ellas, Vizconde? Su desocupación le da lugar a todas esas invenciones, que no tienen más fundamento que el que puede prestarles su espíritu propicio a la superstición. No vale la pena de preocuparse. ¡Creedme!

VIZCONDE Soy en todo de vuestro parecer. Pero perdonad, os entretenemos y estaréis intranquilo, deseando ver a Alicia. Cada día está más guapa. Hoy amaneció un buen día para todos. (Con intención).

CARLOS Todos son felices para mí, desde que la conozco.

MARQUESA Y vuestro optimismo es contagioso. También desde que os conoce, es ella feliz. Podéis estar seguro de su amor.

CARLOS Y orgulloso, Marquesa, orgulloso de veras.

VIZCONDE ¿Y no tenéis miedo de esa felicidad? Yo en vuestro caso no estaría tranquilo. Los tesoros son muy codiciados. El que posee uno, debe guardarlo mucho, porque en acecho para hurtarle lo que con tanto afán retiene, está la avaricia de los demás. ¿Pero qué es esto? Os pusísteis pálido...

CARLOS No..., no es nada. Pensé, Vizconde, que la lección que me ofrecéis debo aprovecharla... Pero, quisiera saber lo que os hace pensar de tal manera, y si debo calificar vuestra intromisión en tal asunto como inoportuna oficiosidad.

VIZCONDE Hoy no puedo explicaros... Mañana tal vez... Mientras tanto pensad si será cuerdo calificar duramente actitudes agenas, cuando todavía se desconocen los móviles que aconsejaron adoptarlas.

MARQUESA Señores. (Interviniendo).

VIZCONDE Es un ligero escarceo. Nos explicamos mal y nos entendimos peor. ¿Verdad, Carlos? ¡Bah!, de todos modos, ya sabéis que contáis con mi amistad. Yo no quisiera reñir con un joven de tan brillante porvenir.

CARLOS En mi vida, son todo esperanzas todavía.

VIZCONDE Por eso estáis en condiciones de soñar. Os envidio, Carlos.

CARLOS No sé si es así; por lo menos debiérais envidiarme... Soñar, es tener alas, volar

con el pensamiento, alejarse. Ya véis si estaré lejos en este momento, que no comprendí el sentido de vuestra frase... Y no quise comprenderlo, porque sino tendría que preguntaros con qué derecho me habláis así. Y no quiero hacerlo. ¡Ya véis!

MARQUESA Vaya, se terminó. No se hable más del asunto. De lo contrario, voy a tener que enojarme y no querréis que así suceda. (Entran Alicia, la Baronesa y Fernando).

CARLOS Alicia...

ALICIA ¡Hola, Carlos! (Separándose del grupo que forman los demás).

CARLOS ¿Qué tienes? Pareces preocupada.

ALICIA No sé, nada me ha sucedido, y sin embargo mentiría si te dijese... ¡Bah!, locuras mías. Figúrate tú, que yo que siempre deseo que llegue esta hora, la que pasamos juntos, hoy hubiera querido retardarla o hacer que no llegase.

CARLOS ¿Por qué, Alicia?

ALICIA ¡No me preguntes, no sé!

CARLOS ¿Me amas menos que antes?

ALICIA No, eso no. Cada vez más. Te quiero mucho, mucho Carlos. Tú lo sabes bien; pero hoy, fíjate, parece que algo funesto pesa sobre nosotros y nos envuelve y nos sujeta... Sin pensarlo parece que nos encojemos y quisiéramos ocultarnos; que la mirada de los demás no nos alcanzase, que la mirada nuestra se dirigiese solamente a nuestro interior, como ganosa de realizar un examen de conciencia. Es como si hubiésemos pecado mucho.

CARLOS Alicia, querida mía, ¿de qué pecado puedes tú reprocharte? Desecha esos

temores que son impropios de tí. Nada les justifica. (Hablan bajo).

BARONESA Mi marido no lo perdonaría nunca. Para él el honor es algo que se hereda de Dios mismo. Bueno, sí, ya sé que las teorías modernas... Pero oidme, así muy bajo para no caer en el ridículo, en el fondo comparto su opinión, Vizconde.

FERNANDO Ideas antiguas, querida tía. Si quizás hoy ocurre lo mismo; lo que sucede es que somos más prácticos. Se zurce el roto, se salva la apariencia y... basta! Nos conformamos con que la sociedad, nuestra sociedad, ignore lo que nos conviene.

BARONESA Pecado guardado, medio pecado.

FERNANDO Exactamente; por eso podemos pecar cuando nos acomode; la cuestión es el secreto y más tarde el propósito de la enmienda... Es el propósito más socorrido; se observa, cuando no está uno ya, en condiciones de reincidir.

VIZCONDE La teoría es disolvente si las hay.

BARONESA Y radical.

FERNANDO Por lo menos es verdadera. (Hablan bajo).

CARLOS Te digo que no fué nada. Palabras mal comprendidas en todo caso.

ALICIA Es cruel. No sé nada. Lo ignoro todo. Y sin embargo me parece conocerlo todo y no ignorar nada. Yo quisiera decirte lo que adivino, lo que veo en la fisonomía de los que nos rodean. Mira allí. (Señalando al grupo). ¿No descubres nada?

CARLOS ¡Nada!

ALICIA Yo diría que la sombra de mi pájaro negro se proyecta en el salón y se agiganta, ¿no ves?... Lo cubre todo ya! (Entra el Marqués de Pena, apoyado en el brazo del Barón de Cenlloa. Forman tres grupos).

FERNANDO (Adelantándose). ¿Estáis mejor?

MARQUÉS Sí, ya ves, camino. ¿Quién puede decir que esté mal mientras camina? Un camino es la vida... Reposaba en una sombra y os entretuvísteis en ahuyentarla... Ahora el pobre anciano va cara al sol, y se fatiga... ¿Sabes tú, querido Fernando, a quien debo esto?...

FERNANDO ¿Y quién puede saber a quién debe los momentos decisivos de su vida? ¡Oh! No os aventuréis a suponerlo. La vacilación, la incertidumbre, no está en las palabras ajenas, que cuando son crueles lo son por un estado de ánimo que determina que así suceda.

BARÓN El agua rebota en la peña que la estrella.

MARQUÉS Pero la gota contínua, que actúa lentamente, llega a horadarla. Incertidumbres, dudas, todo ello ¿qué es? Nada y todo. La inquietud nace, pero moriría prontamente si no hallase alimento propicio a su desarrollo.

FERNANDO Así es, señor. (Alicia y Carlos han salido a la terraza).

BARÓN ¿En este caso, por qué estar inquieto? Créeme. Sabes que yo no sé transigir con ciertas cosas, y sin embargo niego fundamento a tus temores. (El Vizconde, Adela y la Baronesa, salen por la puerta lateral que va al jardín).

FERNANDO Sí. Yo no sabría deciros quien piensa cuerdamente. Vuestras razones son estimables y son razonables las locuras vuestras. Yo sé de esa invasión de sombras que es como una noche que nos sorprende. ¿Quién sabe cuando comenzó?... ¿Quién conoce su término?... El detalle se agiganta, el aspecto se en-

grandece, la obra total se desdibuja y es como humo que se pierde... y entonces cuando la visión desaparece, comienza el pensar loco, la teoría, la explicación... Todo muy grácil, muy alado... Yo diría que la sospecha tiene alas...

MARQUÉS ¿Sospechar? ¿De quién? ¿Por qué? ¡Ah! Han visto los mozos en la ventana del aposento que ocupa el Vizconde allá en las altas horas una luz... por tres veces... y era como una señal... ¡como una señal!... ¿Pero qué quería decir esa señal?... Yo dudo, yo no creo en su existencia...

FERNANDO Sin embargo, vísteis que el Vizconde se inmutaba, y es hombre que sabe guardar sus impresiones. ¡Eso puedo asegurároslo yo!...

MARQUÉS Es verdad, Barón, palideció. Pero entonces era una señal y esa señal se dirigía a otra persona. ¡Oh! ¿Quién era ella? Ayudadme... ¿Quién era?

FERNANDO El Vizconde es rico...

MARQUÉS Si es rico... ¡entonces! Si es verdad, mis tesoros no pudieron despertar su avaricia... ¿Qué fué entonces?

FERNANDO En cambio el Vizconde es...

MARQUÉS ¡Calla! ¿Por qué senderos quieres que te siga? No ves el abismo que se abre a mis pies... ¿Quieres arrojarme a su fondo? ¡Detente!

BARÓN Fernando, ¿qué piensas?

FERNANDO ¿Puedo pensar acaso? Ni eso. ¿No veis como se ha puesto y era su lazarillo en esta ocasión? ¡Oh! No penséis, señor. Es más cómodo que atribuyáis a locuras de las gentes, lo que vuestra ceguera no puede descubrir. Yo sé...

MARQUÉS ¿Qué sabes?... ¡Dilo!... Lo exijo, lo

mando, ¿entiendes? ¡Oh! ¡Perdóname..., te lo ruego!... Dime lo que sepas y olvidaré.

FERNANDO ¿Olvidar? Y qué es vuestra vida más que un olvido continuado... Olvidásteis la fé jurada..., ahora... queréis olvidar el perjurio...

MARQUÉS ¿El...? ¿Qué dices? ¿Qué has pensado? ¡Responde!

FERNANDO Soltad, soltad (Entran todos menos Carlos) o no respondo, que vuestra locura puede hacerme enloquecer y en mi vida de recuerdos, hacer que aparezca lo que fué razón de la vuestra, y que llegue a olvidar que sois mi padre... (Ríe). Curáos, señor, estáis loco y hacéis un loco furioso...

ALICIA Fernando, por Dios.

MARQUÉS ¡Maldito!... ¡Maldito!...

MARQUESA ¿No te da lástima y está enfermo?

FERNANDO ¿Os la inspira a vos, señora? ¿O queréis que ahora me la inspire a mí, para cortar una conversación que empieza a molestaros?

MARQUESA ¿A mi?

VIZCONDE Vuestro odio os aconseja mal. Faltáis a una dama...

FERNANDO Que tiene bastante defensor con su marido. ¡Supongo que no querréis subrogaros en su papel!

VIZCONDE ¿Y si lo hiciese así?

FERNANDO Os preguntaría, aún conociéndole, con qué derecho pretendíais sustituirle.

VIZCONDE Todo caballero le tiene, para defender a una mujer.

FERNANDO ¿Y es caballero el que abusa de la hospitalidad que se le ofrece? A fé que antiguamente villanía era tal acción. ¡Y vos para mí sois un villano!

VIZCONDE ¡Villano yo!

MARQUÉS ¡Explícate, Fernando, explícate, o teme mi castigo!

FERNANDO Me explicaré; no temo vuestras amenazas, pero me explicaré. Puedo hacerlo ante todos, porque todos son de la familia y deben todos velar por el honor de la casa. El Vizconde es justo que oiga, es el acusado.

MARQUÉS Vamos, Fernando, habla pronto; ultrajaste a mi huésped, con ello me agravias a mí.

FERNANDO Señor, si os ultrajaron, el Vizconde de Villagomil es el responsable. Yo he visto como se introducía a las altas horas de la noche en las habitaciones de vuestra mujer. (Gesto de espanto en todos).

MARQUÉS ¡Ah!, mientes..., mientes... ¡Insensato!... Mientes...

FERNANDO ¿Miento?... Preguntad a Héctor que le ha visto también. ¿Miento?... Mirad... Si ni creer podéis que haya mentido viendo su turbación... ¡Fijáos!..., miradles...

MARQUÉS ¡Adela!... ¡Marquesa de Pena!... ¡Vizconde de Villagomil! ¿No pensáis que debéis protestar? ¿No creéis que es necesario que protestéis?... ¡Oh!..., ¡decid!... ¿Qué hacéis?... ¿Por qué no habláis?

FERNANDO ¿Mentía, señor? ¡Vedles, que callan aún!...

MARQUÉS ¿Pero entonces... es verdad? ¡Hablad!... Es menester confundir al impostor... ¡Ah! ¿Por qué calláis aún? ¿Por qué?

ALICIA (Adelantándose y cayendo de rodillas). Perdón, padre mío, perdón!

MARQUÉS Hija, tú a mis pies. ¿Por qué? Levanta...

ALICIA No sin que antes me perdonéis.

MARQUESA No tienes nada de que reprocharte.
ALICIA ¿No? Sí... ¡Sí!
MARQUÉS ¿Qué es esto? Acaso...
ALICIA Sí, padre.
MARQUÉS ¿Tú?... ¡Tú!... ¡Oh!... ¡No!
FERNANDO ¡Falso! ¡Es falso!
ALICIA ¡Es verdad! Yo dormía en el cuarto de Adela... El Vizconde me visitaba en mi cuarto. Eso es todo...
MARQUÉS ¿Pero tú? ¿Cómo había de creerlo. Recibir al Vizconde... Quisiera matarte y me contengo no sé por qué... ¿Y vos, Vizconde, qué merecéis?
VIZCONDE Yo, Marqués, en este momento tengo el honor de pediros su mano.
FERNANDO ¡No, eso no!
MARQUÉS Me pedís su mano y yo no puedo elegir, antes eligió ella. Me devolvéis el honor, yo debo devolveros mi afecto...
FERNANDO Falso..., falso... Esta es la farsa... Creedme... ¿Ella la culpable? ¡No.., la otra..., la otra!...
ALICIA No... ¡La verdad! ¡He sido yo, he sido yo!

TELÓN



ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN DE LOS ANTERIORES.
ES DE NOCHE.

Fernando aparece sentado. Casi al tiempo de alzarse el telón entra Héctor.

FERNANDO (Precipitado). ¿Le viste? ¿Le hablaste? ¿Viene acaso?

HÉCTOR No, señorito, no viene. Fuí a la aldea, me detuve en su caserío, pregunté por el señorito Carlos, y hablé con él.

FERNANDO Le dirías...

HÉCTOR Todo lo que el señorito me había encargado que le dijese, y algo más todavía. Y todo inutil.

FERNANDO ¿Le dijiste que la boda?...

HÉCTOR Sí, que se verificaría hoy... y ya vé el señorito... ¡No viene!...

FERNANDO ¡Ah! La condena y está perdida... ¡Pobre Alicia!... El debiera creerme. ¡Es inocente, Héctor, es inocente! ¿Entiendes esto? Es inocente y está condenada.

HÉCTOR El señorito Carlos no cree en su sacrificio..., no lo cree porque sus celos le hacían temer lo que sucede. Y me dijo, dile a Fernando, mi buen Héctor, que nunca me perdonaría estorbar la felicidad de su hermana; que la perdono, y que procuro olvidar... Y me lo decía con lágrimas en los ojos, y en la voz... ¡La quería mucho!

FERNANDO La quería... ¿Crees tú que la quería? ¡Ah!, no. ¿Cómo había de quererla sin fé en su amor? Tú le hiciste saber toda la verdad y él no quiso creerte. El amor es mariposa que vuela. Le queman las alas y es larva que se arrastra. Pero porque no volaba muy alto fué posible la mutilación.

HÉCTOR Le amaba señorito. A fé que de amoríos entiendo poco, y sin embargo...

FERNANDO ¿Qué? ¡Aún le defiendes! No lo merece; es cobarde..., cuando se ama mucho se defiende el cariño de todas maneras. Es necesario rebelarse. La rebeldía es santa; si Lucifer se hubiese rebelado por amor, en vez de ser precipitado al abismo, volaría más alto, y sería el cielo la mansión suya.

HÉCTOR Señorito, señorito.

FERNANDO Pero aún no acabó todo. Es menester defenderla. El Marqués de Pena conocerá toda la verdad.

HÉCTOR Vuestro padre sufrirá mucho.

FERNANDO ¿Y qué no sufrirá ella? ¡Déjame, Héctor, déjame! (Fernando deja entrever la lucha empeñada en su interior y al mutis de Héctor entra Alicia).

ALICIA (Resignada). ¡Pobre Fernando!, te buscaba. Por tu voz supe de tí.

FERNANDO ¡Alicia, hermana mía! Se acerca la hora y sufres mucho, ¿verdad? Pero no temas. Tu sacrificio no llegará a consumarse.

ALICIA ¿Qué sabes de Carlos?

FERNANDO Olvídale... No te merece.

ALICIA ¡Ah! Carlos... Carlos. ¡Me cree culpable! Ahí tienes un sufrimiento más grande que ese sacrificio que hago por mi padre. Si yo viese que Carlos se rebelaba,

caminaría feliz al suplicio. Pero no; no tiene fé en mí... Por lo visto no me conoció nunca. Yo hubiera sorprendido un delito en él, le hubieran visto mis ojos cometerle, y les cegaría creyendo que me engañaban y porque no me engañasen más.

FERNANDO No te merece, Alicia; olvídale. Es menester que le olvides para acordarte de tí solamente. Es preciso que luchemos, que el Marqués de Pena sepa todo lo que ignora... Sufrirá, sufrirá... Y bien, ¿no es preferible que así suceda? Tu sabes lo que vas a hacer.

ALICIA Procuro no enterarme, pero lo comprendo perfectamente.

FERNANDO ¿Y aún insistes en sacrificarte? No lo consentiré. ¿Qué me importa que sufra? Antes sufrí yo, tú sufres ahora, y los dos vivimos y nadie procuró consolarnos. ¿Quién ha tenido compasión de nosotros? ¿Quién puede pedirnos piedad en este instante?

ALICIA ¡Ah!, mi sacrificio que poca cosa es... ¡Carlos, mi Carlos!

FERNANDO Pero entonces... ¡oh, ayúdame!... ¿Vas a transigir? ¿Serás la esposa del Vizconde de Villagomil, del amante de la mujer de...?

ALICIA ¡Calla, calla, no pronuncies ese nombre!

FERNANDO ¡Contesta! ¿Serás la mujer?

ALICIA ¡No, eso no! Tú sabes que no puedo amarle ni aún mentirle amor, porque ni piadosa sería la mentira que me ligase a él.

FERNANDO ¿Qué dices? Te escucho y no te comprendo. Veo que es menester ser cruel y me dispongo a serlo, porque con ello te salvo a tí...

ALICIA No, Fernando, no; en vano habríamos de oponernos a nuestra suerte. Yo supe de la mía y me sometí resignadamente a ella. ¿Contra qué enemigo habríamos de luchar si no conocemos ninguno que lo sea nuestro, sino lo somos nosotros mismos? Ya ves... ¿La venganza fué obra tuya, verdad? Así lo supones. Y sin embargo, sin ellos, nada de lo que pensaste sucedería... ¿El sacrificio es obra mía? ¿No es cierto? Y sin ellos tampoco tendría realidad. Y ellos no nos impusieron ni tu venganza ni mi sacrificio... ¿Vamos a creerles responsables de sucesos ajenos a su voluntad?

FERNANDO Calla, no les disculpes...

ALICIA ¿Por qué no? Afirmo que no podemos oponernos a nuestra suerte y digo que conocí la mía... ¡Ah!, no lo dudes... Mira, cuando llegaste de Madrid con el Vizconde, a poco de llegar, cuando ya dormía, mi corazón me anunció la visita de la desgracia. Desperté, salté del lecho y acudí a recibir al mensajero... Estaba sobre la balaustrada de mi balcón, clavó sus ojos en los míos y tuve miedo. Quise retirarme y aquellos ojos me retenían y me obligaban a mirarles como si quisieran grabar en mi retina horizontes que ellos habían visto y yo no había logrado alcanzar. Y temblando de frío, de miedo, de emoción quizá, descubrí mi porvenir y le ví tan sombrío como el pájaro negro, que le anunciaba, y cumplida su misión volaba silenciosamente hacia otros lugares para interponerse en otras vidas.

FERNANDO ¡Oh! ¿Y basta esa casualidad? ¿Vas a atribuir tan alta importancia a lo que de

suyo carece de ella? Yo te aseguro que a pesar de todo serás feliz. Yo seré como tu pájaro negro, mensajero de calamidades para todos, menos para tí. Yo aspiro a devolverte la libertad, a verte feliz y apelaré a todos los medios para que lo seas.

ALICIA ¿Sin Carlos? ¡Ah!, no, yo sigo mi destino, no le tuerzas tú, lo quiere Dios.

FERNANDO No lo quiere, Alicia, y aunque lo quisiera, yo me opondría a esa obra; pasaría sobre tales designios, seguro de que él había de perdonarme, porque es justo y su justicia no ha de tolerar que la inocencia sufra, mientras las plebeyas pasiones alcanzan premio.

ALICIA Pues confórmate con lo que suceda...

FERNANDO No, me rebelaré contra todo si así es preciso. (Entra el Marqués de Pena, apoyado en el brazo del Barón de Cenlloa dispuesto ya para la ceremonia).

MARQUÉS Querida, ¿estás dispuesta ya? ¿Aún sin vestirte, Fernando?

FERNANDO Pensé que las galas estaban reñidas con el duelo. Vosotros estáis bien. ¿Día de júbilo, verdad? Yo no comparto vuestra opinión. Día de luto.

BARÓN Ceremonias alegres son éstas, querido Fernando. Se unen dos almas.

FERNANDO ¿Se unen dos almas? Tal vez. ¿Serán una mañana? Acaso; pero entonces se entierra una. Yo estoy de luto por la que van a enterrar. ¡Oid! ¿Quién está alegre? ¿Suena alguna carcajada? ¡No, todo es silencio! Se abre una sepultura y todo es silencio.

MARQUÉS Calla, tu tristeza se contagia y yo quiero estar alegre.

FERNANDO ¿Por casar a vuestra hija?

BARÓN Se casa con el hombre que ella eligió.
FERNANDO No, eso no.
ALICIA ¡No lo dudarás, Fernando!
FERNANDO Qué fácil es creer la culpa; más aún que pecar. Yo no, yo me rebelo aún porque soy mejor que vosotros... Vuestros años os pegan a la vida, mi juventud me aleja de ella.
MARQUÉS ¿Dudas aún?
FERNANDO ¡Aún dudo!
ALICIA Sin razón alguna para ello.
MARQUÉS Entonces sigues acusando.
ALICIA A nadie..., a nadie. (Transición). Papá, te esperaba para darte un beso.
MARQUÉS ¿Eres feliz?
ALICIA Soy muy feliz, sabiendo que mi padre también lo es. Ahora voy a vestirme o a que me vistan... En la vida, le visten a uno dos veces. La primera el día de la boda..., la segunda el día de la muerte. Estamos en la primer jornada.
BARÓN Que la segunda se haga esperar mucho.
ALICIA ¡No!... (Con espanto. Transición). ¿No es verdad que debe ser cosa desagradable que las dos fechas coincidan?
FERNANDO ¿Qué piensas?
ALICIA ¡Bah! Nada; adiós, hasta ahora.
BARÓN Permíteme que te acompañe. (Salen).
FERNANDO ¡Padre, salvadla! ¡Ayudadme a impedir ese casamiento! ¡Os pido la vida de mi hermana!
MARQUÉS ¿Qué locuras dices?
FERNANDO ¿Pero no véis que se muere, que se está matando? ¿No lo comprendéis aún?
MARQUÉS Ese casamiento es necesario, el honor lo exije.
FERNANDO ¡El honor! ¿Sabéis de algo más absurdo? El deshonor de Alicia es más hon-

rado que el honor vuestro, que tanta estima os merece.

MARQUÉS ¡Oh!

FERNANDO ¡Más honrado, os digo!

MARQUÉS Sigues acusando.

FERNANDO Es preciso que acuse para salvarla. Los infames son ellos... Los otros. La mujer adúltera que puso fango y ludibrio en vuestro nombre. Ese Vizconde, que en mal hora traje yo a este Pazo venerable...

MARQUÉS Calla, calla... Nada es verdad, es todo odio.

FERNANDO Es cierto... Creedme. ¡Oh! Si los tuviese ante mí, confesarían, y a mí solo me ofendieron por ofender a mi padre. ¿Por qué no les interrogáis? Preguntad a Héctor, si no creéis a vuestro hijo, y sabréis la verdad.

MARQUÉS Calla, me martirizas, me haces sufrir horriblemente... Estoy en las puertas del infierno y quieres lanzarme a él y no me dejas retroceder. Enloquezco, Fernando.

FERNANDO ¿Y si os sucede eso, no comprendéis lo que serán para Alicia estos minutos? Se va a casar y se casa con un hombre que no quiere, que no podrá amar nunca, que en su hogar será visita, y sobre todo que es el amante de la mujer de su padre...

MARQUÉS ¡Oh, calla, mientes... (Avanza con el puño en alto).

FERNANDO No huiré, si estáis seguro de que miento, no temáis que el golpe sea demasiado fuerte. Pero no lo estáis... Todo lo hizo por salvaros. Sed generoso y salvadla, padre. ¿Y decís que es sufrir el vuestro? ¿No véis el suyo? Ese es sufri-

miento y tortura inaudita, para el que la locura sería descanso, alivio y reposo..., no un sufrimiento más, sino el primero de los placeres.

CRIADO (Anunciando). El Sr. Vizconde de Villagomil.

FERNANDO ¡Por fin!

VIZCONDE (Entrando). Señores... ¿Pero qué es esto?

FERNANDO Os acusaba de nuevo; decía que os casábais con Alicia a pesar de ser el amante de la Marquesa. ¡No lo negaréis!

VIZCONDE ¿Y cómo no voy a negarlo si es falso?

FERNANDO ¿Falso? ¡Mentís!

VIZCONDE ¿Estáis loco?

FERNANDO ¡Ah, sí!... Los locos son irresponsables... Yo estoy loco... Veremos si confesáis ahora. (Avanza amenazador).

MARQUÉS ¡Fernando!

VIZCONDE No estáis en vuestro juicio. Si lo estuviéseis, pensaría que enamorado de vuestra hermana, queréis impedir...

FERNANDO (Dándole una bofetada). ¡Ah, miserable!

MARQUÉS ¡¡Fernando!!

VIZCONDE Si no mirara que váis a ser mi hermano... (Amenazando).

FERNANDO ¡Mi hermano! ¡Nunca! Sé mi obligación, recordad la vuestra.

VIZCONDE Estoy a vuestras órdenes.

MARQUÉS ¡No, eso no!

FERNANDO ¡Por fin! ¡Ja, ja! Por fin alcé una muralla entre mi hermana y vos. (Mutis).

MARQUÉS Le ofendísteis duramente. Y no miente a sabiendas, es sangre mía y mi sangre es incapaz de una bajeza. Fuísteis injusto.

VIZCONDE Lo sé, Marqués, pero era necesario terminar y desarmarle. Os ví nervioso y no supe contenerme.

MARQUÉS Perdonadle. Quiere mucho a Alicia.

Eso le disculpa, y perdonadme a mí también.

VIZCONDE ¿Por qué he de perdonaros, Marqués? A él sí, le perdono, y os doy palabra de no batirme.

MARQUÉS Gracias, Vizconde, no esperaba menos de vos. Pero al escuchar a Fernando, padecí un tormento indecible. Sus palabras se entraban por mi carne como hojas aceradas, y temblaba no sé si por el frío de ellas o por el pavor de los pensamientos que me invadían.

VIZCONDE Estáis febril... Tranquilizáos, Marqués...

MARQUÉS Nada, no es nada. ¡Oh!, me avergüenzo. Escuchándole llegué a temer que Adela olvidase sus deberes, y en un momento de desvarío hiciese posible que las gentes hiciesen pasar el nombre de Pena por sus labios en compañía de palabras de escarnio, sin que el viejo león pudiese morder, sin que fuese posible hacerles confesar que mi nombre está tan alto, que el fango que salpicasen con sus habladurías no podía empañar su lustre ni cegar su brillo... ¡Ved que locura!

VIZCONDE ¡Oh, ciertamente!

MARQUÉS Y todo contribuía a hacerme dudar. La tristeza de Adela, la tristeza de Alicia, sus propias conversaciones... Recordé que al acercarme algún día a Adela, la ví temblorosa..., hubo vez que fueron balbuceos sus palabras mientras sus ojos miraban al suelo obstinadamente. ¡Oh!, cuando la sospecha cruzaba por mi mente, mis dedos se encogían, se crispaban mis manos y sentía un ansia de oprimir y apretar su cuello, y con el ansia solo se me figuraba ver amoratada

su faz, y la veía inerte y creía que iba a caer a mis pies como un guiñapo, y entonces anhelaba ser cuerdo y lo soy, porque temo la soledad, después de haberme acompañado ella...

VIZCONDE Yo os doy mi palabra de honor.

MARQUÉS Basta. Gracias a Dios. Porque sabedlo, quiero a mi hija con locura, pero su pecado me alegra, y me alegra porque me demuestra la inocencia de Adela. (Lejano rumor de voces). ¡Ah! ¿Qué sucede? (Se dirige penosamente hacia la lateral; entra la Marquesa).

MARQUESA ¡Oh, es horrible!

MARQUÉS ¿Qué ocurre? Vamos, habla, dí...

MARQUESA Alicia...

MARQUÉS ¿Qué?

MARQUESA Se ha suicidado en su aposento.

MARQUÉS ¡Ella! ¡Oh! ¡Hija mía, hija mía! (Sale tambaleándose).

VIZCONDE Se ha suicidado.

MARQUESA ¡Es horrible!...

VIZCONDE ¡Oh, quizás la boda!

MARQUESA Eso fué... Fernando está allí con los Barones de Cenlloa, pero vendrá... ¡Sálvame!... ¡Sálvame!... ¡Estamos perdidos!... Vendrá... ¡Estamos perdidos!...

VIZCONDE ¡Aún no!

MARQUESA ¿Qué esperas? ¡Sálvame!

VIZCONDE ¡Huyamos! ¡Ven! (Se dirigen a la puerta al tiempo que entra el Marqués de Pena apoyado en el brazo del Barón de Cenlloa y Fernando. Camina penosamente y fatigadísimo. Al verlos Fernando).

FERNANDO ¡Atrás!

VIZCONDE (Intentando salir). ¿Estáis loco?

FERNANDO ¡Atrás!

MARQUÉS ¡Pobre hija mía! ¡Oh, quiero verla! ¡Quiero volver a verla!

FERNANDO ¡Padre! ¡Padre! Alicia ha muerto y ved los responsables. ¡Ella era inocente, señor, inocente!

MARQUÉS ¡Pero entonces!

FERNANDO Era nuestra sangre, y la sangre de los Pena se derrama antes que mentir. Caminó a la muerte buscando la libertad. Os lo demuestran ellos, que ante el Marqués de Pena se enlazan amparándose en su crimen para escapar a la sanción...

MARQUÉS ¿Qué dices?

FERNANDO ¿Qué esperáis? ¡Castigadles!... !Sed el brazo fuerte que les aniquile! Alicia pide venganza... Oid la voz de la sangre. ¿Que esperáis, padre?

MARQUÉS Cómo veo la verdad. ¡Ah!

FERNANDO La verdad, tenéis la verdad y la rechazáis. (Con rapidez arroja a Adela a los pies del Marqués). Leedla en sus ojos, señor....

MARQUÉS ¡Mírame! ¡Mírame a los ojos! ¿Por qué te obstinas en no mirarme? ¡Ah!, los ojos no mienten y temes que hablen y quiero creer que mienten a pesar de todo. ¡Mírame! ¡A los ojos! ¡Ahora habla!

MARQUESA ¡Perdón, señor!

FERNANDO ¡Al fin!

MARQUÉS ¡Ah! ¿Escuché bien? ¿Y vives aún?.., (Oprimiéndola el cuello). ¡Ah, mis fuerzas! ¡Mis manos resbalan!... ¡Te escapas..., te escapas!... ¡Me ahogo!... ¡Ah, me ahogo!... ¡Dios mío!... ¡Maldita!... (Cae pesadamente).

MARQUESA (Alzándose y dirigiéndose al Vizconde). Líbrame de su vista, aún me mira!

FERNANDO (Cuando pretenden salir). ¡Quietos! (A la Marquesa, obligándola a caer de rodillas). ¡Señora, rezad por él! ¡Vizconde, salid!...

(Señalándole la puerta). ¡Salid! (Sale el Vizconde; cuando traspasa la puerta, Fernando lanza una carcajada y corre tras él).

FIN DEL DRAMA

Precio **DOS** pesetas